

ZAMUDIO, ADELA (1854 - 1928)



Poetisa, novelista, dramaturga y pedagoga boliviana, nacida en Cochabamba el 11 de octubre de 1854, y fallecida en su lugar de origen el 2 de junio de 1928. Autora de una variada producción literaria en la que sobresale, por su hondura reflexiva, una veta poética caracterizada por la sencillez en el decir, la habilidad en la versificación y la integridad moral, está considerada como una de las voces más destacadas de la literatura boliviana de todos los tiempos. En reconocimiento a los valores éticos y estéticos de su obra, así como al tesón que puso a la hora de procurarse una formación intelectual que en su época se negaba a las mujeres, el día 11 de octubre de todos los años, en recuerdo de la fecha de su nacimiento, se conmemora en su país natal el "Día de la Mujer Boliviana".

Impulsada desde su temprana juventud por una señalada vocación literaria, con apenas quince años Adela Zamudio se dio a conocer como poetisa por medio de la publicación, en los medios de comunicación locales, del poema titulado "Dos rosas", que apareció firmado por el pseudónimo de "Soledad". A pesar de esta precocidad creativa, aún habrían de transcurrir casi dos decenios desde la difusión de aquel poema inicial hasta la publicación del primer volumen de versos que dio a la imprenta Adela Zamudio, un poemario presentado bajo el título de *Ensayos poéticos* (Buenos Aires; Imprenta y Litografía de Jacobo Pausser, 1887). La aparición de esta obra prima de la escritora de Cochabamba mereció el elogio unánime de críticos y lectores, lo que contribuyó decisivamente a que su autora cobrara seguridad y confianza en lo referente a los resultados de un voluntarioso proceso de aprendizaje cultural y literario que, hasta el momento, había transcurrido por cauces autodidácticos.

La excelente acogida dispensada a *Ensayos literarios* le valió a Adela Zamudio, al margen de otros honores y distinciones, su designación como "Socia de Honor" del Círculo Literario de La Paz en 1888, circunstancia que por sí misma llevaba aparejado el reconocimiento público de su valía como escritora. Alentada por este creciente prestigio, en 1890 la autora de Cochabamba dio a la imprenta, en la ciudad que le había visto nacer, un juguete dramático titulado *Violeta o La Princesa Azul*, obra compuesta en los escasos ratos libres de que disponía Adela Zamudio en su esforzado empeño por alcanzar una formación académica y un nivel cultural que le permitiesen ejercer la profesión de maestra. Finalmente, en aquel mismo años de 1890 logró ingresar en el magisterio profesional, al ser admitida como maestra en la Escuela San Alberto, de Cochabamba. A partir de entonces, comenzó a desplegar una fecunda actividad pedagógica que, en tan solo un lustro, la condujo hasta la dirección del Liceo de Señoritas, en el que desarrolló a lo largo de toda su vida una valiente y decidida preocupación docente orientada a la eliminación de las trabas y los prejuicios reaccionarios que lastraban el aprendizaje académico y la formación espiritual de las jóvenes bolivianas.

En efecto, en su valerosa defensa del derecho de las mujeres a recibir una esmerada formación, Adela Zamudio reclamó la necesidad de introducir el laicismo en los programas educativos nacionales, al tiempo que se significaba por algunas propuestas tan audaces en su época como la invitación al matrimonio civil y la separación de los poderes de la Iglesia Católica y del Estado. Estas ideas, plasmadas no sólo en las aulas del Liceo de Señoritas, sino también en varios artículos y ensayos pedagógicos que publicó en diferentes medios, la arrastraron hacia algunas sonadas polémicas sostenidas contra los elementos más reaccionarios del conservadurismo religioso y político boliviano, entre los que significó, por su virulento enfrentamiento con Adela Zamudio, el padre Pierini, promotor de un movimiento ultraconservador que, bajo el nombre de "Liga de las señoras católicas", pretendía defender los arcaicos privilegios legales y fiscales de la Iglesia Católica en el sistema educativo del país. En medio de esta agria polémica, la combativa escritora de Cochabamba llegó a estampar textos tan audaces como el que a continuación se transcribe: "*Yo profeso la moral humana, la inmutable, la que aquilata la virtud donde se encuentre, humilde y desconocida, y condena el error sea quien fuere el potentado que ha caído en él*".

En 1914, cuando la aguerrida pedagoga contaba ya sesenta años de edad, ese vigor impulsivo que había alentado sus ideas liberales mantenía intacta toda su capacidad de enfrentamiento contra los sectores reaccionarios que seguían oponiéndose al desarrollo intelectual y humano de las mujeres. En dicho año, Adela Zamudio dio a la imprenta un polémico artículo en el que, bajo el título de "Temas pedagógicos", hacía patente la repulsa e indignación que le causaba el hecho de que las jóvenes educandas bolivianas, al alcanzar el tercer grado de la Escuela Primaria, se vieran obligadas a suspender su formación académica,

pues los programas educativos vigentes no contemplaban la posibilidad de que accedieran a los cursos superiores. Este talante combativo que mantuvo hasta el final de sus días -y que quedó perfectamente reflejado en su creación literaria-, la convirtió en una de las figuras más representativas de la pedagogía boliviana de su época; en homenaje y agradecimiento a sus desvelos, el Liceo de Señoritas que dirigió durante tantos años fue bautizado, tras la desaparición de la escritora de Cochabamba, con el nombre de "Liceo Adela Zamudio".

Al tiempo que desplegaba esta infatigable labor pedagógica, la briosa escritora iba pergeñando una brillante producción literaria que, puesta de relieve a través de algunos cuentos y poemas sueltos publicados en periódicos y revistas, no volvió a pasar por los tórculos de las imprentas hasta 1906, fecha en la que apareció en Cochabamba *El castillo negro*, una breve pieza teatral dirigida al público infantil. En 1913 vio la luz su novela epistolar *Íntimas* (La Paz; Imprenta Velarde, 1913), primera muestra, en formato de libro autónomo, de una capacidad narrativa que Zamudio ya había demostrado con la publicación en diversos medios de comunicación de varios cuentos y novelas cortas. Entre los primeros, recogidos a los quince años de su muerte en una recopilación presentada por Gustavo Adolfo Otero bajo el título de *Cuentos breves* (La Paz; Ed. La Paz, 1943), figuran algunas piezas tan emblemáticas de la narrativa breve boliviana como los relatos alegóricos "La razón y la fuerza" y "El diamante"; los cuentos fantásticos "Vértigo", "La felicidad" y "El desconocido"; o las narraciones costumbristas "Rendón y Rondín", "Violín y guitarra" y "El velo de la Purísima". En líneas generales, los cuentos de Adela Zamudio se inscriben ya en la más pura tradición romántica, ya en la posterior estética realista, pero siempre dentro de una finalidad testimonial que busca reflejar sobre el papel hechos y situaciones de la vida cotidiana, incluso en aquellos relatos más tocados por la vena imaginativa y fantástica que a veces sale a relucir en la prosa de la autora.

Idéntico proceso de rescate editorial experimentaron las *novelle* de Adela Zamudio, recopiladas por Luis Taborga bajo el título genérico de *Novelas cortas* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Entre ellas, cabe recordar las tituladas *La madrastra*, *La fundación* y *Noche de fiesta*. A pesar de que la escritora de Cochabamba se consideraba mejor dotada para el cultivo de la narrativa que para el ejercicio de la creación poética, lo cierto es que su obra en prosa no mereció, en su tiempo, el mismo reconocimiento otorgado a su producción lírica, circunstancia que tal vez explique por qué Adela Zamudio no siguió adelante en su propósito - anunciado en varias ocasiones- de escribir otra novela extensa.

Respecto a su aplaudida creación poética, es necesario añadir que a la ya lejana aparición de *Ensayos poéticos* se sumó, veintisiete años después, la publicación de *Ráfagas* (París; Librería P. Ollendorff, 1914), un poemario en el que Adela Zamudio recogió sus nuevas composiciones líricas, algunas de ellas (como los celeberrimos poemas "¿Quo Vadis?" y "Nacer hombre") ya publicadas en periódicos y revistas literarias. La salida a la calle de *Ráfagas* confirmó la buena

impresión transmitida, mucho tiempo atrás, por su primer volumen de versos, a pesar de que los cauces por los que discurría a la sazón la lírica hispanoamericana, ya plenamente influida por las novedosas aportaciones de Rubén Darío y otros grandes poetas modernistas del momento, no eran los más apropiados para contener, al mismo tiempo, las secuelas románticas presentes en el quehacer poético de Zamudio.

En efecto, la poetisa de Cochabamba se mantuvo fiel en todo momento a una estética romántica que hunde sus raíces en los grandes maestros europeos como Lord Byron, Alphonse de Lamartine, Alfred de Musset, José de Espronceda, José Zorrilla y Gustavo Adolfo Bécquer. En esta línea, su poesía muestra, en el plano formal, una extraordinaria capacidad versificadora que no impide, en el nivel del contenido, el desahogo de la radical rebeldía de que hizo gala Zamudio en sus actuaciones públicas y en el resto de sus escritos literarios y pedagógicos. Así, la vehemente poetisa ejerce, a través de sus versos, un agudo análisis de la realidad circundante, del que luego desprende amargas reflexiones acerca de los prejuicios morales, el conservadurismo de la sociedad, la impostura política, la hipocresía del clero ("*La Roma en que tus mártires supieron / en horribles suplicios perecer, / es hoy lo que los Césares quisieron: / emporio de elegancia y de placer*"), y, en definitiva, de cuantas trabas sociales, culturales y espirituales se oponen al desarrollo libre de la conciencia humana. Sabedora de que el alcance y el valor de su palabra poética, generados desde este franco ejercicio de sinceridad, no habrían de desaparecer después de su muerte, dejó escrito en un epitafio que aún perdura labrado sobre su tumba: "*Vuelo a morar en ignorada estrella / libre ya del suplicio de la vida; / allá os espero; hasta seguir mi huella, / lloradme ausente, pero no perdida*".

A tenor de estos versos, no es de extrañar que la producción poética de Adela Zamudio haya sido considerada por la crítica literaria hispanoamericana como la más plena y perdurable del romanticismo boliviano, enriquecida por un talante sobrio y ascético muy semejante al utilizado por los poetas españoles de la Generación del 98, y singularmente alejado del colorido plástico, la sonoridad musical y la sensualidad metafórica de la corriente modernista que triunfaba cuando la poetisa publicó sus versos. Siempre contra corriente, en su famoso poema "Nacer hombre" se atrevió a intentar reproducir las celeberrimas redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz ("*Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis*"), el tono irónico manejado, en su dureza implacable, constituye un auténtico manifiesto feminista orientado a denunciar el sometimiento en que vivía la población femenina y a clamar por su derecho a la equiparación civil y política con el hombre. Además de otros famosos poemas de la autora ya citados en este artículo (como "¿Quo Vadis?" y "Mi epitafio"), resulta obligado recordar aquí los títulos de otras espléndidas composiciones como "Tristeza" y, muy especialmente, "Loca de hierro", un extenso poema narrativo en el que Adela Zamudio hizo gala de su enorme capacidad literaria a la hora de crear personajes y combinar algunos registros genéricos tan distintos entre sí como la narración de los hechos y el diálogo dramático. Tanta importancia llegó a cobrar

su figura y su obra, que en 1926, dos años antes de su desaparición, el gobierno boliviano convocó un acto solemne en el que la poetisa fue coronada de forma oficial, en reconocimiento a los valores humanos y literarios difundidos por la escritora.

También en 1943, como ocurriera con sus cuentos y novelas breves, apareció una recopilación de la labor lírica de Adela Zamudio, prologada por Gregorio Reynolds en un volumen titulado *Peregrinando* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Cuando estaba a punto de cumplirse el medio siglo transcurrido desde el fallecimiento de la autora de Cochabamba, salió de la imprenta una muestra antológica de su quehacer literario, presentada por Eduardo Ocampo Moscoso bajo el título de *Adela Zamudio. Antología* (Cochabamba; Ed. Canelas, 1977).

(Enciclonet)



La ejemplar historia de Adela Zamudio



(Adela Zamudio en marzo de 1921 con sus sobrino nietos Rodolfo y Vicky Torrico Zamudio)

Texto | Wilson García Mérida

Fotos | Cortesía familia Torrico Zamudio

HOMENAJE | *El Día de la Mujer Boliviana tiene como fecha de celebración cada 11 de octubre, jornada en que se recuerda el nacimiento de la educadora y poetisa Adela Zamudio, precursora de la educación laica y de la reivindicación pedagógica, social y cultural de las mujeres bolivianas*

“Día miércoles, 11 de octubre de 1854, a la hora 4:45, poco antes de romper el alba, en su alojamiento de la casa quinta de Juan de la Cruz Torres y María de las Nieves Moscoso de Torres, destinada a convertirse cinco años más tarde en el monasterio de las Capuchinas, nace Adela Zamudio”, informa Augusto Guzmán en su “Biografía de una mujer ilustre”.

Su nombre completo era Paz Juana Plácida Adela Rafaela Zamudio Ribero. Sus padres unos nobles propietarios de minas en Corocoro, La Paz, dato que generó una confusión sobre el lugar de nacimiento de la poetisa. Pero Guzmán lo aclaró debidamente y una sobrina de Adela, Gabriela Taborga Villarroel, aportó con la partida del bautizo celebrado en la Catedral y otros documentos certificando que Zamudio nació sin duda en Cochabamba, cuando sus padres vacacionaban en este valle.

Tras el nacimiento de la niña, los Zamudio Ribero retornan a Corocoro donde Adela transcurrirá los seis primeros años de su vida. “Su experiencia infantil de Corocoro no es pobre ciertamente” –comentaba Guzmán–. “Allí ha conocido

al indio altiplánico de calzón partido junto a la llama singular, multiplicada en las seguidas tropas que llegan y salen del poblado llevando la carga liviana en lindos sacos tejidos de lana suave al tacto y a la vista”.

Cuando la futura poetisa está por cumplir siete años, en 1861, sus padres deciden abandonar Corocoro definitivamente, pues el ingeniero Adolfo Zamudio no está de acuerdo con el asentamiento del capital chileno en esas ricas vetas de cobre con las inversiones realizadas por Melchor Concha y Toro; y opta por comprar unas tierras agrícolas en el valle paceño de Caracato. Pero un año después la madre, Modesta Ribero, hermana de Ramón Rivero, pide que la familia que se traslade a Cochabamba. Compran una finca en Corani y se asocian con los Rivero Torres para realizar inversiones agrícolas y comerciales. Los hermanos Ribero sufren una alteración de su apellido, a Rivero, por el error de un escribano según explicación de Guzmán.

Respecto a los primeros años escolares de Adela Zamudio, que según Guzmán se iniciaron en la escuela del Beaterío de San Alberto en Cochabamba, hay una discrepancia con Gabriela Taborga, quien sostiene que “la poetisa aprendió sus primeras letras en Corocoro, en la edad genéricamente llamada pre-escolar, y no en el Beaterío de San Alberto de Cochabamba, al que asistió sólo dos o tres gestiones, cuando ya era adolescente de doce y trece años”.

Taborga afirmaba tener en su poder una banda-brazaletes con que el Beaterío de San Alberto había, en 1867, premiado a Adela en mérito “a la Contracción y al Aprovechamiento”.

Se dice que durante su permanencia en Corani y Colomi (de donde su familia se desplazó luego a Chapare), la niña Adela Zamudio solía visitar la casa solariega de Nataniel Aguirre, el gran escritor que sin duda impactó con su “Juan de la Rosa” en el espíritu de la futura poetisa; y en el curso de esas visitas Adela fue gestando uno de sus primeros poemas escritos siendo adolescente, al que tituló simplemente “Poeta”.

LA ALONDRA SOLITARIA

Al cumplir 15 años, en 1869, Adela Zamudio publicó en “El Heraldo” su primer poema titulado “Dos Rosas”, y ya entonces firmaba bajo el pseudónimo de “Soledad”, nombre de guerra que además de delatar la melancolía de su carácter, revela que entre sus primeras lecturas literarias figura la novela de Bartolomé Mitre titulada precisamente “Soledad”.

Bartolomé Mitre llegó a Alto Perú (hoy Bolivia) junto al abuelo de Adela Zamudio, Máximo Zamudio, quien fue secretario de comando en el ejército auxiliar argentino del general Castelli, durante la Guerra de la Independencia. Ese pasado heroico y glorioso que corría en la venas de Adela Zamudio influyó indudablemente en la formación de su espíritu libertario.

Sus padres le procuraron una educación de altísimo nivel. Contrataron a una maestra inglesa, miss Elizabeth Gové, quien llegó de Londres exclusivamente para enseñar a Adela el idioma de Shakespeare. De hecho, Adela Zamudio leyó toda la obra de Shakespeare en su lengua original, y se dio el gusto de traducir a Longfellow.

En 1887 el editor argentino Jacobo Pausser publica en Buenos Aires su primer libro, "Ensayos poéticos", obra que mereció elogio unánime de críticos y lectores, "lo que contribuyó decisivamente a que su autora cobrara seguridad y confianza en lo referente a los resultados de un voluntarioso proceso de aprendizaje cultural y literario que, hasta el momento, había transcurrido por cauces autodidácticos", dice Jorge Giró.

Alentada por este creciente prestigio, en 1890, publica "Violeta o la princesa azul", obra compuesta en los escasos ratos libres que disponía en su esforzado empeño por alcanzar una formación académica y un nivel cultural que le permitiesen ejercer la profesión de maestra. Finalmente en aquel mismo año 1890 logró ingresar en el Magisterio profesional, al ser admitida como maestra en la escuela San Alberto de Cochabamba. A partir de entonces comenzó a desplegar una fecunda actividad pedagógica orientada a la eliminación de las trabas y los prejuicios reaccionarios que lastraban el aprendizaje académico y la formación espiritual de las jóvenes bolivianas.

Entre las enseñanzas que imparte a las niñas de la ciudad, además de letras, están las artes plásticas. Adela Zamudio solía ilustrar sus versos con hermosos dibujos y pintaba óleos —la Virgen de Santa Clara su modelo favorita— con inigualable maestría. En su casa de la calle Ayacucho abrió una Academia de Dibujo y Pintura.

LA MAESTRA EN SU TRINCHERA

En su valerosa defensa de los derechos de las mujeres de recibir esmerada educación, Adela Zamudio reclamó la necesidad de introducir el laicismo en los programas académicos nacionales, lanzando algunas propuestas audaces para su época, como la instauración del matrimonio civil, el derecho al divorcio y la separación de los poderes de la Iglesia Católica y del Estado. Impulsó la enseñanza gratuita y laica, denunció fuertemente el "primitivismo patriarcal" de la sociedad y la explotación y dominación imperante.

Estas ideas, plasmadas no sólo en las aulas del Liceo para Señoritas que fundó en 1905, sino también en varios artículos y ensayos pedagógicos que publicó en diferentes medios, la arrastraron hacia muchas polémicas sostenidas contra los elementos más reaccionarios del conservadurismo religioso y político boliviano, entre los que se hizo famoso, por su virulento enfrentamiento con Adela Zamudio, el padre Francisco Pierini, promotor de un movimiento ultra conservador que, bajo el nombre de "Liga de Señoritas Católicas", pretendió

defender los arcaicos privilegios legales y fiscales de la iglesia Católica en el sistema educativo del país, además de excomulgar a Adela Zamudio.

Pierini se convirtió en el enemigo número uno de Adela Zamudio en una guerra a muerte que comenzó cuando la maestra fue encomendada por el gobierno de Ismael Montes para dirigir la primera Escuela Fiscal de Señoritas, fundada por ella.

En 1913, año en que Adela publica su novela epistolar "Íntimas", el sacerdote busca anular el plan pedagógico liberal de Zamudio creando paralelamente una "Escuela Superior de Señoritas" de rigurosa disciplina católica. Pierini emprende ese proyecto movilizándolo a su "Liga de Señoritas Católicas" que organiza un "gran concierto infantil" a fin de recaudar fondos para dicha escuela, y entre los números programados se anuncia la presentación de una obra teatral muy de moda en el "gusto moderno" de la época: "La viuda alegre" de Franz Lehár.

Esa obra picaresca sería representada por niñas y niños de la "alta sociedad" cochabambina, nada menos que bajo los auspicios de fray Pierini, quien acusaba de "inmorales" los métodos educativos de Adela Zamudio. Había que aclarar posiciones y la maestra lo hizo cortando por lo sano con su fila pluma en las páginas de "El Heraldo", el 23 de septiembre de 1913:

"La Liga de Señora Católicas ha presentado al público no un juguete dramático, no una pieza inocente interpretada por niñas como se hizo otras veces, sino una función de gala según el gusto moderno (...). Un hermoso e inteligente niño, hijo nada menos que de un comisionado de instrucción municipal, haciendo de borracho y libertino, ha cantado loas al vicio y a la disipación con asombrosa maestría. Una nena de cinco años, defendiéndose con el abanico de los besos de un enamorado y cayendo luego en sus brazos desmayada, ha imitado con gracia igualmente asombrosa las añagazas de una coqueta resabida. Otra, esposa infiel de seis años, ha sido sorprendida y duramente increpada por el marido. (...)"

Luego de reseñar aquella casi erótica obra teatral actuada por unos niños de cuya educación moral Pierini decía ser custodio pretoriano, Adela Zamudio daba una lección pública de auténtica moral cristiana:

"Como educadora protesto en voz alta contra esas exhibiciones infantiles que no dicen bien de nuestra cultura. Ya que nuestras costumbres, poco definidas, nos inducen a explotar la gracia de los niños en beneficio de obras de caridad, bien o mal entendidas, sepamos por lo menos presentarlos sin escarnio de su inocencia".

Pierini contra-atacó lanzando un libelo en "El Ferrocarril", a lo cual Adela Zamudio respondió con esta carta abierta publicada en diciembre de 1913:

“Lo que evidentemente irrita a Ud. y le escandaliza es que, una cualquiera como yo, una mercenaria que gana el pan, tachada además de irreligiosidad, se haya atrevido a denunciar un error de matronas piadosas, ricas e influyentes. Si esa es la moral católica que Ud. tanto encomia, yo no la profeso ni la enseñaré jamás a mis alumnas. Yo profeso la moral humana, la inmutable, la que aquilata la virtud donde se encuentre, humilde y desconocida, y condena el error sea quien fuere el potentado que ha caído en él”.

La polémica adquirió alcance nacional y un grupo de poetas de todo el país lanzó una proclama de solidaridad con Zamudio. Respaldaban a la combativa poetisa, entre otros, Rodolfo Soria Galvarro, Rosendo Villalobos, Franz Tamayo, Benjamín Guzmán, Gregorio Reynolds, Emilio Finot, Juan Francisco Bedregal, Albel Alarcón y Raul Jaimes Freyre.

Asimismo, “los círculos intelectuales de Cochabamba entraron en actividad y materializaron una simpática iniciativa, entregando a Adela Zamudio una artística pluma de oro, galardón de triunfo, con una tarjeta de ofrenda que llevaba más de un centenar de firmas de caballeros respetables y jóvenes distinguidos”, recordó Guzmán.

PIONERA DEL FEMINISMO BOLIVIANO

Adela Zamudio alentó con todos sus esfuerzos la formación del pensamiento feminista. Y bajo ese influjo, en 1921 apareció en Oruro el primer número de la revista “Feminiflor” dirigida y escrita por mujeres que fortalecían el ideal de la liberación femenina; y en 1923 se constituyó en La Paz la primera organización autónoma de mujeres que luchó por los derechos políticos, el Ateneo Femenino.

En 1926 apoyó públicamente la Ley de Divorcio, sancionada en 1932. Estuvo a la vanguardia por las reformas democráticas y exigió la separación de la Iglesia y el Estado. En este periodo se incorporaron las mujeres al movimiento sindical, con sindicatos propios y con la Federación Obrera Femenina.

Ese mismo año, el 28 de mayo, el pueblo de Cochabamba asiste a su coronación. El acto fue apoteósico, tal como lo describió Gabriela Taborga:

“...en la vereda norte de la plaza 14 de Septiembre, se sacaron las rejas metálicas de los balcones de la Prefectura y se extendió un entablado cubierto de rojo alfombrado. (...). Con exageradas horas de anticipación la Plaza se repletó. Hubo toque de campanas, trombones y bandas; pero el regocijo no alcanzó el desnivel de las algazaras populares, porque así lo pidió y definió el criterio ascético y sobrio de la gran maestra”.

Meses antes de aquel homenaje casi forzado, la maestra fue obligada a jubilarse de su cargo como Directora del Liceo de Niñas y Señoritas, el primer establecimiento educativo femenino fundado por ella durante los años mozos del régimen liberal.

Todavía ofendida, puso como condición intransigente para aceptar el acto adulatorio del gobierno de Siles que estén presentes allí todos los poetas posibles del país, y exigió sea especialmente invitado el vate paceño Juan Francisco Bedregal, a quién Adela misma mandó un telegrama urgente diciendo: "Han resuelto coronarme. Su presencia fortalecerá en tan duro trance".

A la hora de la coronación, el poeta ingresó al teatro Achá vistiendo una capa al estilo del príncipe de Kropotkín y exclamó con su sonora y aguardentosa voz esta célebre frase: "Vengo de capa a rendir homenaje a una mujer de espada".

Adela Zamudio murió dos años después, el 2 de junio de 1928 y dejó escrito su epitafio con estas palabras: "Vuelo a morar en ignorada estrella". No en vano le decían la Alondra Solitaria.